

## EL CUENTO NICARAGUENSE

## VOLVIO CON UNA CRUZ

*Fernando Centeno Zapata*

En un trailer que arrastraba un tractor, echaron todas sus cosas: las tres hijas, los dos perros, los cuatro butacos, los dos camastros, unos platos de lata, las cazuelas de barro, a Colachito y su chocoyo que era el menor de los hijos y el único varón, luego se subieron ellos, y partieron.

El tractor los arrancó de la ciudad, del barrio, de la pobreza del barrio y ellos iban casi cantando de alegría, porque ya no pensarían ni en el alquiler, ni en la comida, ni en el pago de impuesto a la Junta si morían y, sobre todo, tendrían trabajo todos en el algodonal.

La ciudad se había convertido para ellos en una maldición, viviendo allí se sentían solos, en un mundo aparte, su mundo era aquella casucha por la que pagaban 30 pesos, lo demás, lo que estaba fuera de aquella realidad, era otro mundo, otra ciudad, otra gente.

Hacían, cuando podían, dos tiempos; pero generalmente uno o la mitad de uno, porque él como jornalero apenas ganaba y ella como "tortillera" no era muy apetecida. Alguien de la ciudad les dijo que pusieran a servir a las hijas, que ya tenían edad, pero ellos le tenían miedo a los patronos de la ciudad y a los hijos de los patronos: ciertamente que ya la menorcita había cumplido los 13 años, pero eran tan "guanacas" y además si ellas se iban ¿Quién iba a acarrear el agua, y la leña y ayudar en lo demás?

Con el varoncito no se contaba porque apenas empinándose podía llegar al molendero, además este no molestaba, porque pasaba jugando todo el día tirado en el suelo con su chocoyo y los perros.

Cuando llegó la propuesta, la tomaron como una bendición, la escucharon con la boca abierta y ni siquiera lo pensaron. La aceptaron inmediatamente y sin decir "adiós" a nadie porque a nadie conocían en el vecindario, partieron al rayar el alba.

Habían llegado del monte a la ciudad, ahora volvían al monte porque la ciudad no era para ellos.

Después de algunas horas de camino comenzaron a contemplar los algodonales. Ella le dijo a él:

-Aquí debe ser! Y él le contestó:

-Puede que aquí sea, el patrón me dijo que su algodonal era el más hermoso; que desde la orilla de la carretera se podía ver, y este es el más hermoso. Mira! ya están reventando las "guayabas"; aquí el patrón se va a bañar en plata!

Ella se dijo para sí misma, y para que también la oyera él: Dios les ayuda a los que tienen buen corazón.

El tractor de pronto dejó la carretera y siguió un camino de polvo, a un lado y a otro del camino, siempre los algodonales: frondosos, frescos, poblados de "guayabos" que pronto reventarían como rosas blancas.

El tractor paró al llegar a un clarito. Allí era el lugar: unos mozos estaban levantando el rancho, saltaron alegres del tráiler y se pusieron a trabajar con ellos y cuando ya el techo del rancho estuvo terminado le dijeron que se fueran, que entre todos harían el resto.

La mujer y el hombre se abrazaron felices. Las hijas se pusieron a mirar el algodonal que se extendía por todos los lados del rancho, el chiguín se enrolló con sus perros y su chocoyo en el suelo.

El hombre y la mujer casi cantaban de alegría, no importaba pasar así la noche. Mañana -dijo el hombre- lo terminaremos de forrar, lo principal es que ya tenemos "nuestro rancho". Se acostaron cansados y durmieron profundamente.

La madrugada amaneció húmeda; todos despertaron con la madrugada y volvieron a asomarse al plantío de algodón que los rodeaba por entero: todo era verde y blanco, más verde que



blanco porque apenas comenzaban a reventar las motas de algodón y las "guayabas" de los árboles se veían como palomas emplumando. Aquel día lo ocuparon en forrar el rancho.

Al otro día ya salió él con su máquina al hombro a regar insecticida en el algodonal; un día después la mujer tomó otra máquina y, otro día después, las tres mujercitas juntas tomaron también su máquina y entraron al plantío. Solo el muchacho quedó en el rancho jugando en el suelo con sus perros y su chocoyo.

La madre, como buena madre, le dejaba algún alimento a la criatura, trancaba la puerta por fuera y se iba; los primeros días al regresar por la tarde lo encontraba llorando de hambre y de sed, pero después se fue acostumbrando.

Trabajaban por "tarea" porque así se ganaba más: tomaban tres "tareas", una para él, otra para ella y la otra para las tres hijas. El padre una vez que terminaba la suya, iba a ayudarles a las hijas y luego a la mujer. Él llegaba por último al rancho, cuando ya estaba oscureciendo.

Una tarde, sólo pudo sacar su "tarea" y regresó al rancho, sé tiró sobre el camastro y comenzó a vomitar, los perros se arrimaron a comerse los vómitos, el niño quiso también arrimarse pero él tuvo fuerza para quitarlo y amarrarlo a un butaco, luego siguió vomitando,

cuando llegaron su mujer y sus hijas, el hombre ya no podía hablar, estaba pálido, estaba rígido, estaba muerto.

Lo enterraron junto al rancho. Sus compañeros de trabajo al saber la noticia se dijeron: murió intoxicado.

Con madera rolliza le hicieron una cruz y le pusieron la inscripción: "NICOLAS MORALES, n. 1925 m. 1959". Junto al amo enterraron los perros.

Al otro día, la viuda y las hijas tomaron las tres tareas, pero no pudieron hacer nada y regresaron agotadas.

Llegó de nuevo la noche y al otro día se levantaron como de costumbre con la madrugada, contemplaron el plantío que los rodeaba por todos lados, contemplaron la cruz, ahora sobre el verde triste de las matas sobresalía el blanco alegre del algodón flotando como espuma. Aquel día las hijas no quisieron tomar su máquina, se quedaron en el rancho. La madre se fue sola.

Cuando regresó "oscureciendito", no encontró ni hijas, ni camastros, ni los tiestos de barro, sólo el chiguín jugando con su chocoyo. La madre adivinó con su instinto de mujer lo que había pasado.

Para el corte de algodón echaron gente. Y como la mujer había quedado sola ya no resultaba útil en la hacienda. Le notificaron que desocupara el rancho.

La mujer agarró su muchacho de la mano, el muchacho llevaba su chocoyo, la mujer arrancó la cruz, se la puso en el hombro y tomó el camino polvoso, por donde habían entrado, en el camino encontró un tractor arrastrando un "trailer" y, en el trailer, cantando de alegría, gente que llegaba de la ciudad a ocupar "su rancho".